

LOS comentaristas políticos se han hecho eco, muy repetidamente por cierto, de la peculiaridad de nuestro cambio político. Un cambio político que se está produciendo con muy escaso coste —sea éste económico, social e incluso político— para los privilegiados de siempre. Un cambio político sin "ruptura", sin catarsis, sin "limpieza de los trapos sucios" anteriores; un cambio pactado, negociado, lleno de miedos e inseguridades. Un cambio político, finalmente, en el que no hubo vencedores fácticos, reales, sino involución y fracaso de las instituciones creadas por el anterior régimen. Con razón ha podido decir Vázquez Montalbán que "se está construyendo una democracia apoyada sobre una correlación de debilidades más que sobre una correlación de fuerzas".

Han sido y siguen siendo —insisto— muchos los miedos y las inseguridades de la oposición de izquierdas —y no niego que hayan tenido y tengan fundamento para ello— como para aceptar complacida una política de "consenso"; y también han sido muchos los presupuestos teóricos que ha tenido que ceder la derecha —después de tantos años de esclerosis franquista— como para no tener que transigir con algún tipo de consenso "superestructural". Si a esto se une la profunda crisis económica y el grave deterioro cívico-social de nuestra convivencia, se explica perfectamente esta especie de "reforma rupturista" a la que todas las fuerzas políticas, tanto de izquierda como de derecha —salvo los grupos marginales ultras de uno u otro extremo—, se han entregado con inusitado entusiasmo. Los argumentos han sido obvios: Más vale conservar algo, conseguir un "espacio al sol", que arriesgarlo todo en una política que fuese más consecuente con los propios postulados teóricos. Esta ha sido, a mi modo de ver, la política posibilista de la izquierda. Por el contrario, para la derecha, más le ha valido dejar a los contrarios que hablen, que se entretengan en una democracia verbal y formalista, que forzarlos a la calle, a las movilizaciones de masas, a las acciones reivindicativas. Mientras tanto, ajustarán el "nuevo modelo político" a sus verdaderos intereses de clase. Esta ha sido —pienso— la política de la tradicional derecha española, a la que se ha podido entregar y confiar sin demasiadas crispaciones, porque sabía que en última instancia siempre quedaban los poderes fácticos para "poner orden" en unas cuantas horas.

Ahora bien, la política de consenso, la política de pactos, tiene un precio que la izquierda española no tiene otro remedio que pagar, y que, efectivamente, está pagando ya. Y este precio es el desánimo, el desconcierto, cuando no el escepticismo político, que no sólo está cundiendo en la inmensa mayoría de la población, sino que también está haciendo presa en sus propios militantes políticos. Es el peligro de la despolitización, de ese desentenderse de los problemas públicos; es el riesgo de un ignorar las dificultades colectivas —que ya se está produciendo—, con lo que cada cual vuelve a encerrarse en sus casas, sus televisores, sus coches, sus asuntos. Y este estado de ánimo —insisto— lo estamos palpando ya. Hay mucho desencanto, hay mucha frustración en muy amplios sectores de

nuestra población. Lo que evidentemente tiene una consecuencia grave: que la política vuelva a ser problema de unos pocos, campo de juego para el poder de algunos, mientras que, en definitiva, los mismos hombres y las mismas familias sigan realmente controlando los principales resortes del país.

LOS COSTES DE NUESTRO "MODELO" DE CAMBIO POLITICO

José Aumente

En este fenómeno de desencanto y frustración, es evidente que desempeñan un importante papel generador algunos aspectos de cómo se ha producido —se está produciendo— el cambio político. En un período en que se está procediendo a la cristalización como partidos políticos de las distintas opciones por las que se inclinan los españoles, en unos momentos en que lo prioritario para cualquier partido es su afianzamiento como tal, encajar en su espacio político y conseguir un buen lugar en la correlación de fuerzas dominantes, resulta casi obligado que los intereses partidistas prevengan sobre los generales de la colectividad, incluso sobre los intereses de clase por los que dichos partidos afirman luchar. Y esto, que es captado por el pueblo, no puede sino originar un cierto desengaño respecto a la política en general. Cada partido va a lo suyo, a buscar votos, a elaborar una buena imagen publicitaria. Evidentemente, esta "obsesión electoralista" ocupa hoy una situación de prevalencia en las actitudes, en los actos, incluso en las piruetas, de casi todos los partidos parlamentarios. Lo cual no deja de ser decepcionante para una parte no despreciable —precisamente la más sensibilizada políticamente— del pueblo español. La política es —o debiera ser— algo más serio que todo esto. Porque por conseguir votos, por tener posibilidades de convertirse en "una alternativa de poder", se está dispuesto incluso a renunciar de unos fundamentos doctrinales que debieran ser esenciales. Ser socialdemócrata y ser socialista es algo sustancialmente distinto: es ser partidario de dos modelos estructuralmente diferentes de sociedad; es aceptar o no aceptar el sistema capitalista; es aceptar o no aceptar la explotación

del hombre por el hombre, por muy "camuflada" que ésta aparezca. ¿Cómo se puede, a efectos de imagen electoral, renunciar a fundamentos que son sustanciales? Si la política se convierte en este juego publicitario de vender un producto tras investigar el mercado, más tarde o más temprano su descrédito no puede por menos de irse acentuando.

Evidentemente, pues, el modelo de cambio político que se está siguiendo tiene sus costes. No son costes de excesivas violencias, ni son costes de responsabilidades para los muchos que impune fueron culpables. La prueba está en que ni un solo "affaire" de corrupción ha sido mínimamente averiguado. Son costes de desencanto y frustración. Y ello, porque "los de siempre", más "los de ahora", se han puesto de acuerdo para vendernos democracia. Y como dice Vidal-Beneyto, gracias a "una espesa red de complicidades, renuncias, transgresiones y silencios", están consiguiendo distanciarse del pueblo.

Pero no seamos derrotistas. ¿Acaso podría hacerse de otro modo? También hay que reconocer que se trata de un coste relativamente aceptable, incluso el mejor que pudiera imaginarse. El tránsito a la democracia se está realizando sin excesivas crispaciones. Quizá, insisto, de la única forma que era posible. Lo que no implica que seamos conscientes de unos riesgos que los partidos políticos de izquierdas deben subsanar, para no ser víctimas de sus propias apetencias de mercado. El divorcio entre la vida real —el mundo de las realidades concretas— y ese otro mundo de la política partidista, con sus pasillos, y sus reuniones y sus trastiendas, en donde se forjan arreglos y componendas, es cada día más acentuado. Este abismo entre el mundo político y el mundo real ha sido una constante en nuestro país. Ocurrió en las Cortes de Cádiz —ya lo dijo ese hoy "molesto" Marx—, se repitió en la Segunda República, persistió en la larga etapa franquista y estamos expuestos a que se reproduzca ahora. Y es para alarmarse que, muchas veces, el mundo de los partidos políticos esté manipulando la realidad, en vez de insertarse en ella; que no esté al servicio de la misma y, sobre todo, no intente seriamente transformarla. Los problemas concretos del hombre español de hoy están a flor de piel, y no dejan de ser, en muchos aspectos, verdaderamente dramáticos. Apenas tienen que ver con cánculos, comisiones de notables, distinciones semánticas entre "regiones" y "nacionalidades", discusiones interminables sobre un "organigrama" para funcionar —la Constitución— que luego puede resultar que no refleje la realidad social del país, que sólo sea producto de un consenso interpartidista, y que incluso en el peor de los casos pueda quedar reducida a pavesas por "obra y gracia" de un acto fulminante de fuerza por parte de los "célebres" poderes fácticos.

Urge pisar tierra firme, saber realmente el terreno en que nos movemos. Hay que volver al pueblo, a las masas, a sus problemas, a las realidades concretas de este país concreto. Confiemos en que todavía se esté a tiempo, para que las fuerzas políticas de izquierdas así lo entiendan. ■